

### Recensiones

Las Casas, tantas veces denostado por sus exagerados juicios y falta de ponderación, se muestra en esta obra como profundo conocedor de la Sagrada Escritura, del Magisterio de la Iglesia, de los Santos Padres y autores teológicos importantes. Conoce bien a Santo Tomás y maneja los lugares teológicos con soltura en la argumentación.

La introducción a esta edición consta en primer lugar de un artículo del Padre Barreda, buen conocedor de la obra lascasiana y autor de una monografía sobre el *De Unico*, por lo que los datos aportados sobre el camino seguido por el tratado y esquema de la obra son suficientes. También se recoge un estudio del P. Burgos en el que tiende puentes hacia la teología actual y expresa con claridad las líneas de fuerza de la misiónología de Las Casas.

Queremos resaltar la aportación del Prof. Castañeda en la introducción. En ella realiza un fino estudio teológico-canónico de los métodos de evangelización de la época y las diversas posturas: Las Casas, Sepúlveda y Fr. Alonso de la Veracruz. El tratado *De Unico*, para el catedrático de la Hispalense, debe ser a modo de tesina de licenciatura elaborada sobre la base de Santo Tomás. El resumen del principio lascasiano de la «evangelización pacífica» está muy bien expresado: «La tesis central de este libro es la siguiente: el único modo de llevar a todos los pueblos a la verdadera religión es la evangelización pacífica. Como podemos observar, la tesis tiene dos partes perfectamente definidas: 1) no hay más que un camino establecido por Dios para que los hombres reciban la religión verdadera: la persuasión del entendimiento por medio de razones, y la invitación y suave moción de la voluntad; 2) es éste un modo de predicación que, indudablemente, ha de ser común a todos los hombres, sin distinción alguna. Y a probar esta tesis, en sus dos partes, se ordenan los tres capítulos conservados y que presenta-

mos aquí. Pero las pruebas aportadas por Las Casas son muchas y evidentemente rebasan esa finalidad» (p. XXVII).

En suma: una obra importante dentro de la aportación de Bartolomé de las Casas a la Evangelización de América. Esta edición del tratado *De Unico* servirá para cubrir una laguna en la historia de la Teología y para descubrir la trama teológica subyacente a la gesta americana.

J. C. Martín de la Hoz

Ernst DASSMANN, *Kirchengeschichte I. Ausbreitung, Leben und Lehre der Kirche in den ersten drei Jahrhunderten*, W. Kohlhammer, («Studienbücher Theologie», 10), Stuttgart-Berlin-Köln 1991, 284 pp.

La «Kohlhammer Studienbücher Theologie» es una colección de manuales concebida para el estudio de la Teología en las Facultades universitarias. Por eso, el presente volumen se dirige sobre todo a estudiantes y a laicos interesados, más que a especialistas. Sin embargo, contiene a la vez la maduración de varios años de trabajo, propia de un gran especialista como es el Prof. E. Dassmann, Ordinario de Historia de la Iglesia (Edad Antigua) en la Universidad de Bonn y Director del F. J. Dölger-Institut. La claridad didáctica y la profundidad científica se hallan plenamente engarzadas, como bien demuestran las acertadas fuentes históricas que se han seleccionado para completar la exposición. De este modo, Dassmann se ha esforzado por aportar no sólo sus reflexiones personales acerca de los acontecimientos narrados, sino también numerosos textos originales de la Antigüedad, para que el lector saque por sus propios medios las debidas conclusiones e impresiones.

El libro consta de nueve capítulos, además de una tabla cronológica, índices y

### Recensiones

abundante bibliografía —la mayoría en lengua alemana— situada al comienzo del libro y de cada capítulo.

El primer capítulo se ciñe a los comienzos de la historia eclesiástica, contenidos en los Hechos de los Apóstoles: Pentecostés, la primera comunidad cristiana de Jerusalén y sus relaciones con los judíos. Con el segundo capítulo se pasa a la expansión de la Iglesia entre los paganos, y son estudiados a fondo el Concilio de Jerusalén y la figura del Apóstol Pablo. El capítulo tercero trata no sólo la guerra romano-judía que concluyó con la destrucción de Jerusalén y de su templo, sino sobre todo la decadencia del judeocristianismo y la creciente separación de la Iglesia y la Sinagoga. El capítulo cuarto describe el ambiente religioso pagano de los tres primeros siglos: el culto al emperador, las religiones de misterios (Demeter, Isis, Cibele, Mitra) y el culto familiar. El capítulo quinto presenta las dificultades externas que la Iglesia padeció (las persecuciones por parte del Estado y los ataques literarios de Luciano de Samosata y de Celso), así como la defensa de los primeros apologistas, sobre todo Justino, que intentaron exponer argumentos en favor de la razonabilidad de la fe. En el sexto capítulo se abordan los peligros internos de la vida de la Iglesia en los tres primeros siglos: el movimiento montanista y la amenaza gnóstica. En el extenso capítulo séptimo se contiene el desarrollo teológico experimentado por la Iglesia en esa época acerca de los siguientes aspectos: Dios y Cristo; La Iglesia y la jerarquía eclesiástica (fundamentación teológica de los tres grados del orden sacerdotal y *communio* entre las distintas comunidades); la Escritura y la Tradición, apartado éste en que es presentada la doctrina herética de Marción, así como la reacción de la Iglesia frente al marcionismo, representada por Ireneo en calidad de «teólogo de la Escritura» y por Orígenes, en calidad de «intérprete de la Es-

critura»; y, por último, la doctrina y praxis penitenciales y el culto a los mártires. El capítulo octavo describe aspectos de la vida interna de la Iglesia (liturgia y oración, sobre todo la celebración eucarística) y formas de vida cristiana en el matrimonio y en la familia, así como modos de ejercer la caridad. El capítulo noveno expone los procedimientos de la misión evangelizadora de la Iglesia y su expansión en los distintos territorios del Imperio en los tres primeros siglos, siendo las regiones eclesiásticas a finales del siglo III las siguientes: Palestina/Siria, Egipto, Grecia/Asia Menor, Norte de Africa, Provincias occidentales e Italia y Roma.

El Prof. Dassmann no se limita a describir los acontecimientos y a aportar fuentes histórico-literarias que los ilustren. Como experto historiador intenta comprender el hilo que los engarza. En este sentido conviene aquí destacar una de las ideas más relevantes del presente estudio, según la cual se puede explicar uno de los hechos más importantes de toda la historia de la Iglesia, acaecido en el siglo II. En esta centuria los creyentes disminuyeron progresivamente el fuerte sentimiento escatológico que impregnaba a las comunidades cristianas del primer siglo. Y puesto que la *parusia* de Cristo se retrasaba cada vez más, los cristianos del siglo II comprendieron que debían compatibilizar su esperanza escatológica con un largo caminar de la Iglesia en el mundo y en la historia. Así pasaba a ser tarea de los fieles el emprender la nueva era cristiana manteniendo un diálogo con las categorías culturales de la era grecorromana. Este proyecto se llevó a cabo no sin problemas, sobre todo de tipo interno. En efecto, surgieron muy pronto dos fenómenos, de naturaleza muy dispar entre sí —el montanismo y el gnosticismo—, que coincidían en oponerse, de dos maneras diversas, a este proceso de evangelizar el mundo entrando en él. El montanismo añoraba la forma de vida de las

comunidades del siglo I y adoptó, bajo la forma de un rigorismo moral exacerbado —lo que Dassmann llama con acierto «fundamentalismo»—, una oposición de tipo espiritual-carismático contra la labor de la jerarquía eclesiástica, vista por los montanistas como una mundanización de la Iglesia. Los gnósticos, por el contrario, asumieron ciertos presupuestos procedentes de la religión pagana, en concreto, el sentimiento de redención por medio de un conocimiento —*gnosis*— salvífico, que reconducía al iluminado a la unión con Dios. Las distintas corrientes gnósticas ofrecían, por tanto, una interpretación ahistórica del Nuevo Testamento, al afirmar una encarnación sólo aparente del Salvador, lo que implicaba lógicamente un negarse a la acción evangelizadora de la Iglesia, que quería encarnarse (o inculturarse) en el mundo. La reacción y defensa de la Iglesia ante estos dos peligros internos aceleró una serie de desarrollos que podrían considerarse como la respuesta eclesiástica ante el retraso de la *parusia*: a) el fortalecimiento de la jerarquía eclesiástica; b) la formulación del principio de tradición en el marco de la sucesión apostólica; c) la colección de los escritos neotestamentarios y la fijación del canon; d) la precisión del contenido de la fe en forma de confesiones o *symbola fidei*; e) la delimitación de normas éticas y, en unión con ello, el establecimiento de las posibilidades de penitencia y perdón de los pecados. En este proceso de reacción eclesiástica frente a estos peligros internos sobresalieron el obispo Ireneo de Lyon, en el ámbito pastoral, y Orígenes, en el ámbito teológico.

Bien se aprecia, pues, que el presente libro no es un mero manual convencional, que se limita a recopilar datos sucinta y cronológicamente. Aquí se encuentran reflexiones que puedan arrojar luces a las causas que han provocado y relacionado los sucesos históricos entre sí. Dassmann también consi-

dera que los acontecimientos sucedidos en la Iglesia a lo largo del tiempo sólo son comprensibles a la luz de la fe, pues «si la muerte y resurrección de Jesús han producido redención y perdón de los pecados, entonces sus consecuencias tendrían que dejarse probar también en la historia» (pág. 5). Y esta es precisamente la tarea de la disciplina «Historia de la Iglesia», que con este volumen, tan sugerente, cuenta con una importante y valiosa aportación.

A. Viciano

**Enrique DE LA LAMA, J. A. Llorente, un ideal de burguesía. Su vida y su obra hasta el exilio en Francia (1756-1813)**, EUNSA («Colección Historia de la Iglesia», 19), Pamplona 1991, 334 pp.

El alumbramiento de lo que se ha dado en llamar la «modernidad» cuenta en el siglo XVIII con una serie de personajes a cuya acción se deben no pocas de las formas y características que configuran el nuevo espíritu y la nueva sensibilidad. Diversos valores, y entre ellos especialmente el de la libertad, encuentran en este tiempo sus teorizadores, sus poetas y narradores. Uno de estos hombres singulares fue Juan Antonio de Llorente.

Juan Antonio de Llorente —sacerdote de la diócesis de Calahorra de cuya catedral fue canónigo como más tarde lo sería de la Primada de Toledo— es una de las personalidades que para bien o para mal contribuyen al alumbramiento de la modernidad, encarnan el último proceso de surgimiento del liberalismo, y asimilan el criticismo dieciochesco para hacer saltar definitivamente viejas instituciones seculares. El eclesiástico riojano —que a pesar de su vida turbulenta y de su ruptura con Roma no dejó nunca de considerarse a sí mismo sacerdote— escribió